COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 361. ¿Qué relación tienen las Bienaventuranzas con el deseo de felicidad del hombre?

Monseñor José Ignacio Munilla

Número 361 del Compendio del Catecismo

¿Qué relación tienen las bienaventuranzas con el deseo de felicidad del hombre?

Las bienaventuranzas responden al innato deseo de felicidad que Dios ha puesto en el corazón del hombre, a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer.

Una afirmación muy importante en este punto 361: se dice que hay un deseo innato, innato en el hombre, de tender hacia Dios; un deseo innato de felicidad y que solamente Dios puede satisfacer. Comparto con vosotros, para iluminar esto, tres citas: dos de San Agustín y una de Santo Tomás.

Dice San Agustín:

«Ciertamente todos nosotros queremos vivir felices, y en el género humano no hay nadie que no dé su asentimiento a esta proposición, incluso antes de que sea plenamente enunciada».

A ver, que eso lo llevamos en el ADN: que todos queremos ser felices. Y continúa él:

«¿Cómo, es Señor que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz. Haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti».

A ver, que yo cuando busco ser feliz, estoy buscando a Dios, porque dice Santo Tomás de Aquino en otra cita: «Solo Dios sacia, solo Dios sacia ese deseo de infinitud».

Bueno, entonces una afirmación muy clave es el hecho de que ese deseo de felicidad coincide al milímetro con esa llamada de las bienaventuranzas. Las bienaventuranzas —ese «dichosos los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos»— es la respuesta de Dios al deseo de felicidad que existe en nosotros. Nos cuesta creer que los deseos que tenemos sean deseos de Dios, si Dios ha sembrado en nosotros deseos. Lo que ocurre es que a veces los deseos están devaluados y tenemos malos deseos; a veces los deseos buenos se mezclan con los malos deseos.

Por ejemplo, frente al Salmo 37 que dice: «Sea el Señor tu delicia y Él te dará lo que desea tu corazón», obviamente se está refiriendo a los deseos buenos que hay en tu

corazón, que Dios mismo ha sembrado en tu corazón y que Dios quiere, quiere colmarlos. Dios ha sembrado en ti unos deseos y Él te los quiere colmar a través de las bienaventuranzas.

Alguno dirá: «Sí, pero también hay deseos malos». No, sí, claro; es verdad que hay deseos malos. Por lo tanto, habrá que discernir, purificar, educar nuestros deseos para que nuestros deseos se vean plenamente cumplimentados en las bienaventuranzas, en el camino de las bienaventuranzas.

Fijaros: ante los deseos hay distintas actitudes.

- Existe la **concepción materialista** del hombre, pues una reducción del hombre a sus deseos y sus deseos instintivos: «eso que me apetece, eso es lo que yo quiero». Es la tendencia materialista que hace un dios de nuestros deseos sin haberlos purificado, porque los deseos tienen que ser purificados; los deseos están pues muchas veces mezclados con nuestros instintos y con nuestros impulsos más egoístas, con nuestro propio pecado. Y quizás lo que en este mundo más generalizado está es esto: confundir los deseos que me hacen felices con los impulsos de mis pasiones. Y claro, eso es una confusión fatal.
- Pero también existe **otra tendencia en nuestra cultura**, que es la de no reconocer en los deseos la llamada de Dios, la vocación de Dios a la felicidad. Por ejemplo, toda una tendencia de cultura zen, de alguna manera de entender que el hombre será feliz cuando no tenga deseos, cuando llegue a un estado en el que anule sus deseos; que cuando el hombre no tiene ningún deseo es cuando alcanza su madurez.

Esa no es la concepción cristiana. La condición cristiana es la que descubre en los deseos una presencia oculta de Dios. Dios ha sembrado unos deseos que tenemos que purificar de otras cosas, de otras adherencias pecaminosas, y ver que en esos deseos hay un hambre y sed de Dios. Un hambre y sed de Dios. El místico descubre que solo Dios puede colmar las ansias más profundas, el deseo de felicidad.

Y esto, como podéis observar, pues es un descubrimiento clave, porque entonces el deseo de felicidad coincide con la llamada de Dios a la santidad. El deseo de felicidad del hombre y la llamada de Dios a la santidad coinciden plenamente, como un anillo que entra en el dedo y entra y está hecho para ese dedo. Así es la llamada de Dios a la santidad, que coincide plenamente con ese deseo nuestro de felicidad; pero que obviamente necesita ser educado, que necesita ser purificado, iluminado para poderse unir plenamente con Dios y entender que es Dios el que consuma el deseo de felicidad en el que nos ha creado.